

## IV

Cuando Paquito Luján llegó á su casa, comenzaba á oscurecer, y la escalera y el vestíbulo estaban ya completamente iluminados: cuatro grandes estatuas desnudas, de mármol blanco, alumbraban éste y aquella, elevando en sus manos artísticos candelabros de bronce, con seis mecheros. Al pié de la escalera, un enorme oso de Noruega sentado gravemente sobre sus patas de detrás, presentaba con las de delante una bandeja de plata, destinada á recibir las tarjetas de visita. Era este un capricho del príncipe de Gales, que había visto Currita en el Palacio de Sandringham, y apresurándose á copiar á costa de dinero.

La aflicción del niño había desaparecido, con esa dichosa rapidez con que se suceden en la infancia emociones á emociones. La im-

paciencia, la natural impaciencia, mezcla de la ternura de hijo y del deseo de ser alabado, era lo que le agitaba en aquel momento, ansioso de caer con sus premios en los brazos de su padre, de su madre, de Lili, su hermanita del alma.... Sentado en el testero del carruaje, con sus premios muy agarrados, apoyaba los piececillos en el asiento de en frente, haciendo verdaderos esfuerzos para adelante, que creía él ayudaban al coche á rodar más rápidamente.

Al entrar en Madrid hubo que perder cuatro minutos encendiendo los faroles, y un foco más allá, los empleados del resguardo detuvieron de nuevo el coche, para registrarlo todo de arriba abajo.... ¡Qué desesperación! ¡Qué feos y qué tontos eran aquellos hombres! De seguro que ninguno de ellos había tenido nunca padre, ni madre, ni Lili, ni sacado en todos los días de su vida un solo premio....

Cuando él fuera grande, había de ahorcar á todos los empleados del resguardo, colgándolos como los chorizos que había visto una vez en la chimenea del capataz del Encinar, allá en Extremadura.... ¡Y todavía, al doblar la esquina de la Universidad, se atravesó un coche, y después un carro de mudanzas y luego un gran ómnibus, y hubo que perder otros tres minutos!.... Al entrar al fin en la última calle, ya tenía el niño la mano en la llave de la portezuela, dispuesta á abrirla, asomando al mismo tiempo la carita, porque de seguro estarían esperándole en algún balcón, su padre, su madre, ó Lili, ó quizá los tres juntos...



Ya les enseñaría él desde allí abajo los premios, y creerían que no era más que uno, y verían luego que eran cinco y dos excelencias. ¡Qué risa entonces! ... Pero los balcones estaban todos cerrados, y no se veía en ellos alma viviente: el coche entró al fin en la casa, haciendo retremblar los cristales de la gran mampara, y se detuvo al pie de la anchurosa y alfombrada escalera ... También estaba ésta vacía, y sólo vió al niño al pie de ella al grave oso de Noruega, *Bruin*, como le llamaban en casa, abriendo su gran boca armada de dientes enormes, y presentándole la bandeja, como si le invitara á depositar en ella sus premios. Mas no los soltó el niño y oprimiéndolos contra su pecho, subió á brincos la escalera, hasta llegar al vestíbulo: cerróle allí el paso una extraña figura, que se paseaba de un lado á otro, con las manos á la espalda. Era un enano feísimo, pero perfectamente proporcionado; verdadero pigmeo, émulo de aquel famoso Roby que presentaron en la mesa del rey de Sajonia, dentro de un pastel de venado. Tendría poco más de un metro de altura, y hallábase correctamente vestido de etiqueta, frac y corbata blanca, calzón corto, media de seda negra y zapato con hebilla. Llamábanle en la casa *D. Joselito*, y cobraba siete mil reales de sueldo, con la sola obligación de anunciar las visitas y realzar con su estrafalaria figura, la aureola de elegante originalidad que rodeaba en todo á Currita.

Inclinóse el enano respetuosamente ante el

señorito, y con su vocecilla chillona y algún tanto imperiosa, díjole que no podría ver á la señora, por haberse acostado media hora antes con una espantoso jaqueca. Un repentino vópor de lágrimas vino á empañar los hermosos ojos azules del niño; volvió bruscamente la espalda al enano sin decir palabra, y echó á correr hácia las habitaciones de su padre.

Allí estaba Villamelón, repantigado en una butaca, hablando misteriosamente con el Ministro de Gobernación. Lanzóse el niño á su padre, y echándole los brazos al cuello, le dió dos besos.

—¡Hola caballerito!—exclamó Villamelón. ¿Ya de vuelta? ... ¡Me alegro! .....

Y como viese que con cierto ruboroso orgullo le presentaba el niño sus premios, añadió sin tomarlos:

—¡Hola, hola, los premios! ... ¡Pobre chiquitín! ... ¡Muy bonitos! ... Bien, bien, me alegro. ... Ea, toma ... toma, y dile á Germán que te lleve esta noche al Circo.

Y entrogándole al niño dos pesetas, que había sacado del bolsillo del chaleco, volvió á reanudar su misteriosa conversación con el Sr. Ministro.

Quedóse el niño parado un momento, con los ojos muy abiertos: dió luego una repentina media vuelta, girando sobre una pierna, y encarnado como la grana, bamboleándose cual si estuviera ebrio, fué á arrimarse á una mesita llena de caprichosas chucherías: había dejado una figura japonesa, con la boca muy



abierta, y por ella arrojó el niño, con mucho disimulo, el regalo de su padre, las ¡dos pesetas!... Luego echó á correr, saliendo disparado del saloncito; detúvose un momento en el dintel, detrás de las cortinas, y agobiado, con los bracitos colgando y caída la cabecita, siguió una galería que iba á parar á la *Nursery*, al destierro, á la Siberia de los niños, que el desapegado egoísmo de la Condesa de Albornoz había importado para sus hijos de Inglaterra á su casa (1).

Resonaba en el fondo de la galería un piano destemplado que parecía bulbucear de mala gana un monótono tema de los ejercicios de Hanon. Esta música sonó, sin embargo, como un concierto celeste en los oídos del niño: desapareció su abatimiento, renació su alegría; y echó á correr de nuevo hácia aquella estancia.

—¡Lili!

—¡Paquito!

Y un ángel, una bellísima muñeca de nueve años, saltó del asiento del piano, para caer en los brazos del niño, confundiendo por un momento sus besos, sus gritos, su risa, su alegría, sus almas inocentes y sus vidas immaculadas, como se confundían los bucles de oro que rodeaban como una aureola de rayos de sol, las preciosas cabezas de ambos.

El niño se acordó al fin de sus premios.

[1] Llámase en Inglaterra *Nursery* al departamento especial en que viven los niños con sus criados, completamente aislados del resto de la familia.

—¡Mira!.....¡Mira!.....

Lili abrió mucho los ojos admirada, apretó los labios, y echó atrás las manitas: su crítica fué la crítica de las grandes admiraciones, la crítica monosilábica.

—¡Uy!! —dijo.

—¡Cinco.... Son cinco, y dos excelencias!...

—¿Me darás uno, Paquito?.....

—¡Tonta!... Esto no se da.... Se pone en un marco.... Pepito Vargas dice que su mamá se los pone en un marco....

—¿Grande... grande? dijo Lili indicando con sus manitas uno capaz de encerrar al *Pasmo de Sicilia*.

—Sí; grande, grande.... Y mira; este es de Aritmética, y este....

No pudo continuar el niño: una mano seca pegada á un puño immaculado salió por entre las cortinas, y después un brazo largo, y luego un hombro puntiagudo, y más tarde un rostro encarnado, característico, original, británico como la cerveza de Bass ó las galletas de Huntley.....

—¡Mademoiselle!—dijo Lili asustada.

Y la mano seca pegada al puño immaculado, agarró á la niña por un brazo y se la llevó para dentro, oyéndose una voz metálica, estridente, que desgarraba el tímpano como un resorte que rechina.

—¿*What's that, Miss?*.... *You have to learn your piano lesson until eight o'clock*.... (1).

[1] ¿Qué es esto, Miss?... Hay que estudiar la lección de piano hasta las ocho.



Entonces huyó el niño de allí desolado; corrió ciego á la *Nursery*, y se arrojó de cabeza en su blanca camita, con la enconada amargura y la sombría desesperación del suicida que se arroja solo y sin esperanzas, en un abismo oscuro, negro, profundo.... El sueño, el sueño bendito, fiel amigo de los niños, suave consolador de todos sus pesares, vino al fin á callar sus sollozos y contener sus lágrimas, adormeciéndole allí mismo, sin variar de postura, vestido todavía y con sus premios en la mano.....

Y mientras tanto Villamelón proseguía su misteriosa plática con el Ministro. Contaba por aquel entonces el Marqués más de cuarenta años, y los estragos de su juventud salíanle prematuramente al rostro. Colgábale la nariz encarnada y algo granujienta, hundíansele las mejillas dejando salir los pómulos, arqueábasele el abdomen, mas su rostro ofrecía perfecta semejanza con el de aquel enano de Felipe IV, titulado *El Primo*, que retrató Velasquez y copió Goya, grabándolo al agua fuerte: tenía la misma nariz colgante, los mismos ojos tristes, el mismo bigote retorcido, la misma frente extensa y pensadora, con la sola diferencia de que Villamelón partía por medio su ya escasa cabellera, con una raya que arrancando de la raíz del pelo llegaba hasta el cogote, formándole sobre las orejas dos pequeños cuernecitos:

Y aquella frente elevada, de abultados parietales, que reclamaba para sí el dicho de la

zorra al busto:—*Tu cabeza es hermosa, pero sin seso*.—tenía en efecto actitudes magníficas, cuando, surcada por un pliegue vertical, se inclinaba, como en aquel momento, al Exmo. Sr. D. Juan Antonio Martínez, Ministro de la Gobernación, y le decía con el aire de Bismark á Gorztchakoff, al restablecer entre ambos el equilibrio europeo:

—Desengáñese V., Martínez..... La tesis del doctor Wood es absurda..... Nadie me probará que el pastel de ratas, sea superior al de erizos y ardillas..... ¿Y me entiende?.....

El Exmo. Martínez hizo un gesto que no significaba si entendía ó dejaba de entender: desde que el pobre señor había pasado el puente natural que lleva del banco azul á las grandes mesas de la corte, caminaba de indigestión en indigestión, y sentía en el estómago la nostalgia de aquellas nutritivas sopas de ajo, no digeridas del todo, que habían hecho de él un tan robusto hombre de Estado, y fueron su cotidiano alimento, en los tiempos en que rompía sus primeros calzones, entre los pilletes de cierta playa de las costas asturianas... ¡Santo Dios! y qué dolores de tripas más atroces, le había costado el *paté de foie-gras* del último viernes de Palacio! ¡Qué *coliquera* más terrible *le chou á la crème* que sirvieron dos días antes en la embajada francesa!..... El Exmo. Martínez creyóse por un momento envenenado, y desde entonces fué para él artículo de fe aquel principio de Addison.



“Cuando veo las mesas á la moda, cubiertas de todas las riquezas de las cuatro partes del mundo, me imagino ver la gota, la hidropesía, la fiebre, el letargo y la mayor parte de las enfermedades, ocultas en emboscada debajo de cada servilleta.”

—Usted lo ha de ver, Martínez,—prosiguió Villamelón: el jueves próximo haré servir los dos pasteles, sin decir lo que contienen, y veremos por cuál se dec aran las opiniones. ¿Me entiende V., Martínez? . . . . Excusó decirle que cuento con su voto.

Erizáronsele los cabellos al Exmo. Martínez ante la perspectiva de una indigestión de ratas. . . . ¿Cómo podría curársela, si no era tragándose un gato?

—Y todo eso,—prosiguió Villamelón con ligerísima sonrisa, que denunciaba traidoramente su convencimiento íntimo de la superioridad con que mataba el asunto, no es más que la excentricidad inglesa, influyendo y echando á perder su cocina. . . Y cuidado que yo soy imparcial; porque mi cocina, es la cocina eléctrica. Lo mejor de lo mejor, venga de donde viniere: este es mi lema. ¿Me entiende V., Martínez? . . . Pero no hay que darle vueltas, amigo mio; y por más que digan, en la cocina como en todo, Francia camina la primera. Esto no tiene vuelta de hoja, Martínez. . . Los ingleses devoran, los alemanes zampan, los italianos comen, los españoles se alimentan; pero sólo los franceses gozan, y ahí está el *quid*,

Martínez; en gozar, gozar comiendo. Me entiende V? . . . .

Martínez no entendía, y tomando por burla lo que sólo era cansada muletilla de Villamelón, tanto Martínez y tanto *¿me entiende?* se apresuró á responder algo amostazado.

—¿En gozar? . . . ¡O en reventar, Sr. Marqués, que no es lo misma! . . . .

—¡No, no, no y mil veces no, Martínez!— Eso es una de tantas preocupaciones. ¿Me entiende V? . . . . Cierto que el hombre es un ser débil, insuficiente, que apenas puede soportar ocho comidas diarias; pero la indigestión no proviene de comer mucho, sino de comer mal . . . Deme V. un cocinero de primera fuerza, de raza, *d' élan*, y yo le garantizo salud eterna. . . . ¡Oh, bien lo entendía el príncipe Orloff con su ojo tuerto y su brazo manco! . . . Yo le he visto en París elegir cocinero en público concurso; acudieron diez á su palacio de la embajada rusa: yo fuí del jurado, y probamos antes de fallar, ciento cuarenta platos (1). ¡Ah! no, no, Martínez: no es el comer mucho lo que atrae la indigestión . . . Mi santa madre lo decía: Tripa llena, alaba á Dios.

Y se quedó tan orondo con la cita, porque una de las genialidades de Villamelón era, la de nombrar de continuo á su madre, anteponiéndole siempre el calificativo de santa, y poniendo en su boca aforismos tan singulares, y

[1] Histórico.



de mal gusto á veces, como el que acaba de soltar

Entraron en esto el Duque de Bringas y Juanito Velarde, que habían terminado ya su partida de billar, y á poco anunció un criado que la señora Condesa no asistiría á la comida, por haber tomado ya un *consommé* en sus habitaciones, y acostándose al punto con una fuerte jaqueca

Esta noticia pareció afectar muy poco al caro esposo de la dama y al Duque de Bringas: al Ministro de la Gobernación hizo por el contrario malísimo efecto, dando á sospechar por sus muestras de disgusto, que algo que la ausencia de Currita chasqueaba por completo, le había traído allí, y héchole aguantar con paciencia las majaderías culinarias del héroe del combate *navo-terrestre* de Cabo Negro: como Butrón temía el nombramiento de Camarera mayor comenzaba á mover la cola. Juanito Velarde pareció también muy contrariado, comió poco y habló menos durante toda la comida. Villamelón hizo el gasto como siempre, blandiendo el trinchante de oro macizo, regalo de Fernando VII, que usó durante toda su vida, y pasando por las tres distintas faces que en aquella hora solemne se reflejaban en su persona; hondamente preocupado al principio, como hombre que tiene entre manos el más grave negocio; comunicativo, pero dogmático, afable, pero todavía circunspecto á los medios; y alegre, bonachón, magnánimo y hasta tierno á los postres, como si la corriente de

satisfacción que le brotaba del estómago, le dotase de aquellas cualidades que no poseía en ayunas. Esta era la hora de pedirle favores, seguro de alcanzarlos, y esta era la hora también en que Villamelón, arrastrado por un resabio de educación malísima, que jamás pudieron quitarle ni su santa madre, ni su dulce esposa, hacía bolitas de miga de pan con la punta de los dedos, y las disparaba á las narices de los comensales, con muestras del más cariñoso agasajo y el más tierno regocijo.

Mientras tanto, si algún diablo Cojuelo hubiese levantado el techo del *boudoir* de la Condesa de Albornoz, hubiérase descubierto una extraña escena: hallábase éste alumbrado por una gran lámpara, sostenida por un negro desnudo, de tamaño natural, admirablemente tallado en ébano, y Currita, sentada ante un pequeño *secrétaire* muy bajo, parecía completamente absorta en un singular estudio caligráfico, mientras vagaba por sus labios una finísima sonrisa, semejante, no en lo terrible, pero sí en lo solapada y astuta, á la que puso el genio de Liezen-Mayer en los labios de Isabel de Inglaterra, al representarla en el acto de firmar la sentencia de muerte de su prima María Stuard.

Con su elegante letra inglesa, fina y corrida, había escrito al frente de un pliego:—*¡Qué animal tan hermoso es el hombre!*—y con facilidad maravillosa iba copiando en distintos caracteres de letras, esta frase tan extraña y tan equívoca, que parecía ser el reflejo de esa idea





íntima, ese pensamiento oculto que jamás se formula, y es, sin embargo, el primero que se apresura á estampar todo hombre, cuando algo que escribe y algo en que se puede escribir, le invitan á solas á trazar allí un concepto. La inscripción se multiplicaba, unas veces en letras rechonchas y apretadas, otras en perfiles largos y finitos, algunas en caracteres diminutos, cual patitas de moscas entrelazadas, que se prolongasen en forma de cadeneta. En esta tarea empleó Currita media hora larga, con el esfuerzo y la atención de un chiquillo aplicado que copia una plana, ó de un pe-tardista prudente, que ensaya el modo de falsificar ó desfigurar una letra.

Dióse al fin por satisfecha de sus ensayos, y con los renglones de cadeneta y la letra de patitas de mosca, que no tenía con la suya ordinaria el más remoto punto de contacto, púsose á escribir una carta, en un pliego de papel sencillo, sin timbre ni inicial alguna. La carta no fué larga, y en el sobre decía:

EXCMO. SR. GOBERNADOR CIVIL.

DE

*Madrid.*

Faltábale todavía el sello, y púsosele Currita sonriendo socarron mente, y cuidando de colocar con la cabeza para abajo el busto del rey D. Amadeo: afianzólo luego con dos ó tres puñaditas de su cerrado mano, que parecía

complacerse en aplastar al pobre monarca, principio y fin de la dinastía saboyana.

Cualquiera hubiera creído con esto ya listo el negocio, y que sólo faltaba llamar á un criado, para enviar la misteriosa carta al correo. No lo juzgó así la ilustre Condesa: entróse en la estancia vecina, que era su alcoba, y volvió á salir al cabo de un buen cuarto de hora, completamente trasformada. Habíase despojado de su elegante traje de calle, y púsetose en su lugar una falda de lana negra modestísima, y una mantilla muy usada, cuyo sencillo velo le ocultaba parte del rostro: traía en una mano una bujía encendida, puesta en una palmatoria de plata, y en la otra una llave de gran tamaño. Cogió la carta, y echó á andar: en aquel momento un reloj lejano daba las once y media.

Era el palacio de Villamelón uno de esos antiguos caserones, ya raros en Madrid, con anchas galerías, espaciosas salas y cómodos departamentos, rodeados por todas partes de pasillos y escaleras excusadas para el uso de la servidumbre. Comunicábanse las habitaciones de Currita con las de Villamelón por la alcoba, y por un cuarto contiguo al de baño, con un largo pasadizo: terminaba éste por un lado en el cuarto de Kate, la doncella inglesa, y por otro en una estrecha escalerilla, que iba á parar á un jardín muy reducido. Cerrando, pues, la puerta de la alcoba, la que había á la mitad del pasillo, y la que ponía en



comunicación al *boudoir* con los dos salones de entrada, quedaba el resto de las habitaciones de Currita aislado por completo, y en comunicación directa con la calle: á ella daba salida una puertecita, abierta en la tapia del jardín á espaldas del palacio, detrás de un pequeño invernadero. Allí se dirigió Currita después de dejar la luz apagada al pié de la escalera, con tal desembarazo y tan gentil desenvoltura, que conocíase bien á las claras no ser aquella la primera de sus nocturnas escapatorias.

Era la noche oscura, y la solitaria plaza á que la puerta del jardín daba salida, perdíase á lo lejos entre solares en construcción, alumbrada acá y allá por algunos faroles, cuyas luces parecían brillar en medio de un nimbo de vapor amarillento. La puerta de una tienda de ultramarinos dejaba escapar en la esquina próxima un cuadro de luz vivísima, y veíase en el fondo al tendero, inmóvil ante el mostrador, ajustando sus cuentas. A cuarenta pasos, debajo de un andamiaje, una farola hacía resaltar las negras siluetas de un chulo de chaquetilla corta, y una chula de falda almidonada y pañuelo de seda á la cabeza, que dialogaban vivamente. Aparecía lo demás oscuro y solitario, teniendo todo ello un aspecto de quietud, de vista panorámica, que completaba allá muy lejos, desde un cuarto piso, el sonido de un mal piano, en que unas manos alevés asesinaban la inmortal cavatina de Bellini, *Casta diva ché inargenti*.....

La Condesa, la gran señora que tan raras veces bajaba de su carruaje, como si se desdijese de pisar con sus elegantes *brodequins* el polvo de que estaba formada, se internó por aquel oscuras vericuetos, y atravesando varias callejuelas solitarias en aquella hora, que parecían serle muy conocidas, vino á desembarcar en la plazuela de Santo Domingo. La afluencia de gente era todavía grande en aquella encrucijada tan concurrida siempre, y Currita bajó la cuesta para ganar al abrigo del jardinillo, la Costanilla de los Angeles. Atravesó rápidamente la calle del Arenal, entró en la de las Fuentes, y dando un gran rodeo por detrás del Ministerio de la Gobernación, llegó al fin á la calle de Carretas y depositó por su propia mano en el buzón de la casa de Correos, la carta misteriosa.... Si aquella mujer era una criminal, era sin duda de aquellos criminales avezados y prudentes, que miran siempre en todo cómplice un camino peligroso que va á parar en presidio.

Entonces emprendió el camino de vuelta, por las mismas calles por donde había ido, sin tener más que un tropiezo. Un viejo de aspecto decente, se detuvo de pronto ante ella: sorprendida Currita pegóse á la pared, y el hombre hizo entonces ademán de darle una moneda de cinco céntimos, una *perra chica*, como llamaban entonces, y aun llaman hoy á esas piezas pequeñas. Habíala tomado por una de esas pobres vergonzantes, que á las altas horas de la noche extienden en silencio



su mano descarnada al transeunte que se retiró solicitado por el descanso, ú hostigado por los vicios.

Así lo comprendió la Condesa, y con gran impulso de risa tomó la moneda, teniendo todavía valor para profanar en sus impuros labios aquella hermosa deprecación, aquella santa respuesta que da la fé á su hermana la caridad, por la humilde boca del pobre:

—¡Dios se lo pague!

Cuando la Condesa entró en su *boudoir*, presentaba éste un aspecto siniestro: la lámpara agonizaba en manos del negro, cuyos blancos dientes de marfil incrustado, resaltaban en la oscuridad, como la sonrisa del genio del mal, complaciéndose en las tinieblas.

Tres horas después, resonaban gritos y lamentos al otro extremo de la casa... Era Paquito Luján, que entumecido por el fresco de la madrugada y aterrado por la oscuridad, despertaba allá en la *Nursery*, olvidado de todos en aquel suntuoso palacio, morada del padre y la madre que le habían dado el ser, y de diez y siete criados dedicados á su servicio! .....



V.

Rióse mucho al otro día la Condesa de Albornoz al oír contar á su hijo Paquito sus extrañas aventuras de la noche precedente: al verse sólo, á oscuras, vestido y acostado en una cama que no era la suya del colegio, comenzó el niño á gritar lleno de angustia, sin que nadie contestase á sus lamentos. Oíalos Miss Buteffull desde su cama, y comprendió al punto la causa: sin duda nadie se había acordado en la casa de que el pobre niño había vuelto del colegio; quizá se había puesto malo de pronto, quizá habían entrado ladrones y lo estaban asesinando... Miss Buteffull compadecida, encendió la vela de su palmaria. Un decoroso reparo la detuvo de repente: el caso era grave... Tenía ella cuarenta y cinco años, once el niño, la hora de la noche